

Dr. Gustavo Mujica Cervantes

Visión psiquiátrica de Europa



así ocurrió como fuimos designados por el Gobierno y la Universidad de Chile como delegados de nuestro país ante el Congreso Internacional de Psiquiatras a realizarse en París, septiembre de 1950.

El psiquiatra, por hábito y profesión, más que observador de las cosas lo es de las gentes; gran interés había en observar la psiquis colectiva en ese laboratorio convulsionado que es hoy día Europa. Por ello nos lanzamos ansiosos en la travesía, mientras el asmático barco italiano costeaba nuestro pobres pueblos americanos.

La visión de los inmigrantes de Buenos Aires, las huelgas de Montevideo, los muelles plenos de zaparrastros negros y nativos famélicos de Santos y Río, nos llenó de un sentimiento de autoconmiseración de americanos al ver a nuestras ricas tierras tan sufridas en miseria y explotación.

El respirar estertoroso de nuestro pequeño barco nos decidió a desembarcar en las Islas Canarias. Este fué nuestro primer contacto con la miseria extrema del pueblo español. En un telón de fondo de pai-

sajes paradisiacos con picachos, palmeras y sol se arrastra un mundo de lisiados, ciegos, haraposos y soldados sucios. La lentitud de las plazas somnolentas arrastra tras de sí a esas gentes desesperadas y ansiosas que, cuando el calor tropical les emborracha la cabeza, toman no importa cual piragua y buscan falsamente la liberación en tierras quiméricas de Venezuela o de las Guayanas.

Saltamos a España y arribamos a Cádiz. Este puerto otrora floreciente, bosteza con sus barcos detenidos, sus grandes muros en derrumbe y grúas que hoy sirven de refugio a pescadores optimistas. Similar espectáculo de hambre e irritación contenida al cual los otros puertos nos habían habituado. Dentro de su fatalismo sureño, sin embargo, ya el cargador de muelle susurra de soslayo sobre aconteceres en países lejanos y canturrea sobre las epopeyas guerrilleras de Sierra Morena, Teruel y Valencia.

En un tren de caminar reumático seguimos a Sevilla, viendo a través de las ventanillas las caras magras y venturelianas de los campesinos andaluces que sólo agua podían ofrecer en venta. Allá, en Sevilla, nos embobamos con el paisaje morisco. Caminamos por sus estrechas callejuelas e hicimos piruetas para evitar el asalto de los pequeños y maníacos taxis andaluces. Junto al terror que impone la Catedral con su lujo y sus reminiscencias inquisitoriales contrasta el pulular de los niños estigmatizados por la hiponutrición, los mendigos y vivos de toda calaña. Las tristes pianolas ambulantes dan un aire melancólico a los viejos cantares andaluces que antaño vibraran saltarines.

Tomamos de madrugada el avión que nos alejara de esas tierras sufrientes; desde abajo, entre los olivares

calcinados, nos miraba el ojo amarillo del inquisidor y un uniforme raído de requeté se confundía con los troncos oscuros.

Llegamos a Madrid con su ruido de altavoces y policías eficientes. La oreja negra de la Secreta tiembla captando susurros de bombas en Barcelona y huelgas en Bilbao; las ametralladoras se mantienen alertas y las pupilas vivaces. El pensamiento nebulosamente anarquista ya está vislumbrando cierta claridad.

Huímos a Francia, respirando con alivio sus ferrocarriles puntuales y sus obreros ferroviarios bien cuidados y con aspecto de pequeños burgueses exigentes. Llegamos a París, que nos decepciona por el cansancio, en su brillar nocturno de multitudes cosmopolitas.

En la Sorbonne, circulaban más de 2,000 psiquiatras llegados de todo el mundo. He ahí los hombres que en todas partes auscultan el tono profundo de las mentes. Sin embargo, ¿puede su dilatada experiencia individual con el sufriente, explicar en parte lo que hoy acontece al hombre como ser social? Al parecer, la respuesta es no. Se agitaron en mil problemas técnicos, en problemas de tesis antagónicas pero, nada pudieron concluir sobre el sufrir psíquico, nada pudieron aportar al problema de la neurosis colectiva a la que marcha nuestra sociedad.

En el París de hoy, despreocupado y alegre como siempre, se captan más finamente los efluvios del mal contemporáneo. Aquellas ansias de vivir el momento, aquel deseo de no enfrentar el porvenir, esos dolorosos esfuerzos por huir de la angustia presente la hacen a ésta más actual e intensa. A nadie engañan los jovenzuelos que deambulan en el Barrio Latino disfrazados de originales; a nadie engañan los intelectuales

que se sumergen en la contemplación de los ínfimos movimientos de sus entrañas psíquicas; a nadie engaña esa actitud de mirarse fijamente el ombligo para huir de la realidad circundante. Todo aquello expresa claramente que el problema de hoy y de siempre la angustia del hombre frente al Universo, ha llegado a su paroxismo, hasta la catatonía, y que ese acentuarse significa la búsqueda de pronta nueva solución. La neurosis colectiva que hoy prende en Europa occidental, manifestada por mil pequeños y grandes signos, resumida en una introyección del hombre en sí mismo y una huída desesperada de la realidad, ha llegado a su máximo y por ende está próxima a su crisis. El hombre saldrá bruscamente de sí mismo y contemplará a su alrededor; la realidad de las ruinas, del hambre y de las bombas próximas a caer lo harán salir de ese estado de rigidez al cual el estado de Inseguridad constante lo ha llevado. El neurótico reprime sus angustias y olvida sus problemas frente a requerimientos urgentes del ambiente; el esquizofrénico catatónico sale de su fijeza estatuaria con el electro-shock. Esa es terapéutica.

Luego, iniciamos con ojo crítico un galope por los países de Europa, galope que nos llevó a las nieblas de Londres, al cantar de Capri, a las ruinas de Hamburgo, a los alegres cafés de Copenhague, a las frías montañas de Insbruck. Cualquiera que sea el idioma, las ropas o los museos vistos, el problema es siempre el mismo: desesperanza en los actuales moldes, escape de la realidad y un enmascarar la propia angustia que la hace más evidente.

Así, contemplado con ese cristal, Londres aparece como un conjunto de edificios viejos y grises; la Torre como un montón de piedras con disfrazados en su in-



terior; el Big Ben, sólo un reloj grande. Lo único animado y en el cual late una llamita es Hyde Park donde charlatanes, santones y locos de toda envergadura se disputan las almas a gritos.

Alemania occidental impresiona por su ánimo deprimido, por el achatamiento de los espíritus que todos los días contemplan las pavorosas ruinas de sus ciudades. Los niños de Hamburgo y Colonia aún muy seriamente vagan por las colinas de escombros buscando un fierro o algo útil; las hierbas de varias temporadas han reverdecido y se han amustiado en las tales colinas. Los melancólicos alemanes de hoy las contemplan soñadoramente pensando que son pastos y cerro de verdad.

Los belgas de hoy ocultan su miedo agitándose en su técnica industrial, aferrándose a los hábitos de pequeños oficinistas y recurriendo con profusión a las grandes ferias ambulantes. Pero nada puede sobrepasar el miedo que con letra mayúscula se imprime cada día en su mesa velador.

El pueblo dinarmarqués, borrachín y alegre, mira con asombro de pequeño infante las negras nubes que se ciernen en sus vecindades; en los libertinos cafetines marineros flota un aire de expectación temerosa que trata de ahogarse en alcohol. Los austríacos miran con nostálgica visión los picachos nevados de su hermoso país mientras canturrean algún vals que los retrotrae a la época de despreocupación y desenfadado cantar.

En medio de las monumentales ruinas, los italianos se agitan en la búsqueda de trabajo y pan. La sangre hierve al saberse dominados, ahogadas sus industrias, contados como reses para un próximo futuro bélico. Contemplan los monumentos serenos que con su se-

renidad desafían el vibrar del tiempo y más los irrita el contraste con su inseguridad presente, con su hambre, con su mugre.

Ese es el panorama de nuestra Europa Occidental de hoy: inseguridad con mayúscula, máximo terror, huída de la realidad que es incapaz de proporcionar solución a las angustias colectivas a través de los viejos moldes. Tras todo aquello palpita la ansiedad de nuevas rutas.

Y tras de ellas nos lanzamos hacia el Oriente.

Volamos hacia Praga. Ya al llegar nos sacude el contraste con ese París que acabábamos de abandonar. Aquel aire pleno de perfumes, despreocupado, nauseabundo a veces por la angustia latente, es barrido de nuestros pulmones psíquicos por el hálito montañés y rudo de un pueblo en plena labor. Hay mucho que hacer para pensar en ansiedades íntimas; existen muchos escombros en la realidad como para remover viejas heridas inconscientes.

Vamos a Varsovia, meta de nuestro viaje en busca de un Norte. Majestuosa ciudad en la que se combinan las ruinas recientes y tremendas de una agresión monstruosa con el poder reconstructivo de las gentes optimistas; la eterna humanidad estoica y esforzada, aquella que se adapta y se levanta aún en los peores infiernos, aquella que en medio de los escombros y los cadáveres de niños aun sueña en la Utopía, aquella resultante de todos los pequeños y grandes pensamientos de los humildes; es esa la Humanidad que se expresa rica y armoniosamente en Varsovia. Al palpar sus ruinas trágicas e iluminadas con grandes focos durante la noche, como para que nadie se olvide de ellas y para tenerlas siempre presentes, en contraste con la actividad optimista de un pueblo que sabe lo que desea y lo

que hace, se siente uno levantar hacia el futuro. Se respira aliviado y se piensa que hay esperanzas, muchas esperanzas. Quienquiera que hable con ellos y se empape de su espíritu pacifista y de su sentido de la hermandad internacional, siente renacer los oscuros deseos de la Utopía, siente aflorar los vagos ensueños de la adolescencia sobre un mundo y una Humanidad mejor.

Todos los sueños que fueron reprimidos y ocultos por tanta mentira, tanta traición, tanta decepción en lo humano, vuelven a resurgir y se materializan en aquellos campesinos de pensamiento humanista, en todos los obreros, estudiantes e intelectuales.

Después de todo, sí, es cierto; el Humanismo no ha muerto. Renace en otras formas pero ya se plasma en la realidad, en los pueblos mismos. El paroxismo de lo individual se resquebraja y aparece en forma potente la confianza del hombre en sí mismo, como ente social.

Recordaremos, por fin, tres historias de niños, exponiéndonos al peligro de caer en un feo romanticismo empalagoso.

En Sevilla, mientras bebíamos un vermouth en la acera crepuscular viendo pasar lentamente el tiempo y las gentes, se nos acercó una pequeña vendedora de tabaco contrabandeado. Tendría seis o siete años pero ya en sus mejillas morenas se acumulaba la gran experiencia del sufrir. En un monólogo explosivo de eses nos contó alegremente su trabajo y en las rápidas miradas de soslayo expresó cómo ella vigilaba al vigilante para escapar a tiempo. No hacía mucho la habían llevado al cuartel y golpeado para que revela-

ra el origen de su contrabando. El contrabandista era su padre; la intermediaria, su madre.

He ahí una:

En Hamburgo, donde actuábamos de sordomudos por la total ignorancia del idioma, paseábamos un día entre calles teóricas, bordeadas de montones de ladrillos y con las bocas raídas de las habitaciones de subsuelo saliendo de improviso hacia los ojos. Desde lo alto de un cerro de tabiques, ladrillos, planchas de concreto y fierros quemados, descendieron como en un desfile solemne tres pequeños alemancitos, uno tras otro. Llegaron a la planicie donde un marco de ventana con vidrios de aire detenía algún viento fantasmal. Se sentaron en cuclillas y, seriamente, tal un rito de niños o un concilio de ancianos, se repartieron el botín: cadena calcinada de bicicleta, campanilla abollada y orinosa, manubrio retorcido, pedal huérfano. Eso era todo, estaban desenterrando una fábrica de bicicletas sin una palabra, sin una risa.

He ahí otra:

En Varsovia, al salir entumecido de mañana para enfrentar con estoico empecinamiento sinsombrerístico los grados bajo cero, me asaltaban los pequeños rubios con libretas y lápices para que les diera un autógrafo. El estrambótico pajarón americano se hinchaba en la ilusión de artista de cine o ente famoso y así, firmaba y firmaba. Un día, nos sorprendió el ver un pequeño que apenas se alzaba del suelo disparando su lápiz hacia nosotros. Por gastarle una broma, muy seriamente le pasé a mi vez mi libreta y lapicero. Envuelto en su pelliza de piel de conejo se empinó, apretó los dientes y laboriosamente escribió un mensaje en nombre de su pueblo; nos agregó nombre y di-

rección para que les escribiéramos. Tenía la edad de mi hijo mayor que recién hace sus primeras armas con el lápiz. El papel lo conservo conmigo.

Esta es, pues, la última historia.

Y así fué como emprendimos el regreso a nuestra patria y aquí estamos.

Enero, 1951.